



No podríamos decir sobre el Perú lo mismo que sostenía Sartre en 1957 para Francia: el marxismo no domina realmente el horizonte cultural de este país. Ocurre entre otros factores, que mientras ha conseguido seducir a los "grandes intelectuales", consolidarse en el aparato universitario, ingresar en el periodismo, se ha mantenido paralelamente alejado de la vida cotidiana. Familia, escuela, medio ambiente parecen temas demasiado prosaicos para concitar un interés absorbido por la crisis económica o el debate sobre el programa político. Los grandes temas ocultan a los otros; carecemos de una reflexión sobre las prisiones o sobre el fútbol, a pesar del lugar decisivo que en nuestro país tienen el estadio o las cárceles.

Pero el desdén por la vida cotidiana no es sólo una opción; en todo caso, tras de él emerge un antiguo divorcio entre el político (ciudadano) y el hombre común y corriente (trabajador). Principio básico de la sociedad burguesa, que el leninismo en alguna medida reprodujo al separar lucha política y lucha económica, al militante revolucionario del productor, ante la necesidad de una vida clandestina que permitiera sortear a la represión. Este divorcio quedaba evidenciado en ese nuevo bautismo que era el sobrenombre. Será sólo después de la revolución de octubre cuando Lenin y especialmente Trotsky repararán en ese peso muerto de la historia anterior, que se ejerce a través de las tradiciones y costumbres, más difíciles de transformar que el orden económico. "Mostrados —y sobre todo mirad vosotros mismos— lo que pasa en la fábrica, en los medios obreros, en la cooperativa, en el círculo, en la escuela, en la calle, en la taberna; aprended a comprender lo que allí sucede, es decir, la actitud que conviene observar hacia los fragmentos del pasado y los gérmenes del porvenir". La invitación de Trotsky no encontraría eco.

Precisamente por el carácter conservador de la vida cotidiana, en ese terreno el discurso escrito resulta insuficiente. Esto quiere decir que no basta con criticar a la familia o la escuela, sino que es imperativo diseñar una alternativa. La vida cotidiana no se detiene, pero como fenómeno

Ausencia de una cultura marxista

Alberto Flores Galindo

En otra ocasión nos hemos ocupado del lugar excepcional que ocupa el marxismo en el discurso escrito de la sociedad peruana, hasta el punto que un territorio tan vasto como el de las ciencias sociales termina por convertirse en uno de sus sinónimos. Pero más allá de la escritura —de los libros y artículos— el marxismo parece diluirse. No se ha llegado a producir —en el sentido estricto de las palabras— una cultura marxista.

que afecta a todos los hombres y se realiza en las menores unidades del ordenamiento social, algunos cambios se pueden introducir sin que medie necesariamente la transformación en el conjunto de la sociedad, de manera que termina por ser un desafío a cualquier proyecto alternativo. Aquí radica precisamente el otro obstáculo que bloquea la reflexión sobre lo cotidiano. Para preservar el supuesto carácter científico del marxismo, se argumenta que el materialismo histórico es una crítica de la sociedad que evita diseñar sociedades futuras: por eso Marx no habría escrito sobre la sociedad comunista. El costo de la ciencia, en este caso, equivale a amputar el proyecto. Encerrarse en el presente. Pensar un programa coyuntural. Criticar pero no ofrecer otras posibilidades. Es verosímil una empresa así en el terreno macrosocial argumentando que sólo desde el poder se podría diseñar la nueva sociedad, pero en el nivel microsocioal que transcurre la vida cotidiana, esta excusa no funciona.

INTELECTUALES, MARXISMO Y MONOPOLIO

La postergación de lo cotidiano tiene que ver también con el monopolio que los intelectuales ejercen sobre la reflexión marxista: académicos o dirigentes políticos, no han logrado quebrar ese círculo para permitir que de otros sectores sociales —salvo algunas biografías excepcionales— emerjan otras perspectivas y maneras de encarar el marxismo. El sindicalismo de principios de siglo, cuando bajo la influencia anarquista se permitió el desarrollo de una cultura obrera (periódicos, volantes, teatro,



poesía, música, etc.), no fue continuado ni por apristas, ni por comunistas. En el caso específico de estos últimos, el marxismo terminó acaparado por una minoría que, a su vez, reprodujo la separación ya señalada entre el político y el hombre, a costa de la vida cotidiana.

La realidad, sin embargo, no se resigna a los moldes. Un aspecto de la crisis actual de la izquierda es esta irrupción incómoda de lo cotidiano, a veces por la retaguardia, por donde menos se lo esperaba. Es así como la crisis ideológica aparece acompañada con la llamada descomposición de la pareja. Divorcios y separaciones, trastornos en la crianza de los hijos: quienes pensaban cambiar el mundo ignoraban su entorno inmediato. El militante desconocía a sus hijos y se hacía mantener por su esposa. Paradójicamente, ofreciendo enfrentar a la burguesía, terminaban ejerciendo la explotación social en el interior de su propia familia. Aunque admitía cualquier crítica a la familia burguesa, la reproducía

incluso con sus rasgos más sórdidos. El marxismo eran los libros, las reuniones de células, la discusión sobre el programa: nada tenía que hacer con la infancia, la relación padre-hijo, el amor, la vida sexual, la estructura familiar. Algunos llegaron al extremo de erradicar de sus bibliotecas a ese autor incómodo que era Freud, ubicando en su lugar a Pavlov. Si a pesar de todo hacía falta abordar esos temas, terminaban afirmando que la familia era la "célula fundamental de la sociedad", como en cualquier texto de Educación Cívica.

EL OPIO DE LOS INTELECTUALES

En cierta forma, el marxismo era, para muchos militantes, un camino de alienación, otra ideología que impedía ver la realidad inmediata. Daban razón con su práctica a ese título acuñado por un autor reaccionario: el opio de los intelectuales.

Pero consiguieron ocultar esta función ideológica del marxismo circunscribiéndolo a una interpretación de la historia y reservando el ámbito cotidiano al "sentido común" o la religiosidad. Recurso necesario para tranquilizar ciertas almas. Se era marxista y se era cristiano. No era pertinente interrogarse por una moral marxista, ni siquiera reclamar una visión del mundo sustentada en el materialismo histórico. El marxismo, reducido a una crítica económica de la sociedad capitalista, perdía su carácter totalizante, su aspiración a la universalidad, toda la dimensión de su proyecto. En otras palabras: mientras los textos de Marx servían para pensar, la religión era indispensable para vivir. No es necesariamente una disyun-

tiva irreconciliable, como lo muestra Mariátegui al integrar ambas vertientes tras la idea del mito y la lucha por el milenio, pero para lo que ahora nos interesa, es necesario reconocer que ese cristianismo renovado con el redescubrimiento de los pobres y la cultura popular, se mantuvo en cambio impermeable ante Freud y todo aquello (Laing o Cooper) que implicase llevar la crítica de los existentes a raíces tan antiguas como la "sagrada familia".

La vida cotidiana obliga a pensar en el futuro. Aquí tampoco funciona ese hábito retrospectivo de la izquierda que conduce a añorar los años 20. Son escasas las citas de Mariátegui sobre la cuestión femenina; más que la escuela le preocupó la educación; la familia permaneció intocada durante su tiempo. Es necesario, entonces, empezar desde la formulación misma de los problemas.

La vida cotidiana, de esta manera, termina conduciéndonos a ciertas preguntas elementales, como las que se formuló hace más de un siglo Alexander Herzen. "¿Estamos preparados?", es decir, ¿estamos en condiciones de erigirnos como una alternativa a esta sociedad? La crítica se vuelve insuficiente. Hace falta el proyecto con toda su dimensión de futuro, para reconciliar a la política con la imaginación y poder ponderar, por ejemplo, a esta otra pregunta que también plantea Herzen: "¿Conocemos con claridad la nueva organización hacia la que avanzamos, a través de ideas tan difusas y de carácter tan general como las de propiedad colectiva y solidaridad social? ¿Conocemos el proceso —tras la destrucción total— por el que se realizará la transformación de las viejas formas en otras nuevas?". En el terreno de la vida cotidiana, la nueva sociedad puede aparecer anunciada en la práctica. A veces ocurre así, de facto. Por eso, una parte importante del discurso de la izquierda puede terminar desmentido en la dimensión cotidiana. Todos podemos admitir la necesidad de la democracia, pero más útil que un texto plagado de citas, es el ejercicio de eso que se reclama en el sindicato, en la relación entre las células y los dirigentes de los partidos y, de manera más evidente, en la propia estructura familiar.